

La actuación profética de Jesús en Lucas

The Prophetic Ministry of Jesus in Luke

Pedro Robledo Ramírez¹

Resumen

Con el trasfondo del Antiguo Testamento, el artículo describe el ministerio profético que Jesús realizó con el poder del Espíritu Santo y como el enviado de Dios. Fue desde Galilea, que Jesús, con actitud compasiva e inclusiva, recibió y se acercó a hombres y mujeres para mostrarles los beneficios y requerimientos del evangelio del reino de Dios. Fue ante la oposición e incredulidad judía que experimentó en sus enseñanzas y milagros, que Jesús hizo fuertes denuncias; por esta razón y como resultado de un complot político-religioso, lo mataron en Jerusalén. Por la forma en que habló y actuó ante diferentes circunstancias y clases de personas, Jesús fue considerado mayor que los profetas que le precedieron.

Palabras clave: Anuncio y denuncia; sanidad y salvación; solidaridad y compasión; acciones y palabras.

Abstract

Against the backdrop of the Old Testament, this article describes the prophetic ministry carried out by Jesus through the power of the Holy Spirit and as God's messenger. Beginning in Galilee, Jesus, with a compassionate and inclusive attitude, welcomed and approached both men and women to reveal the blessings and demands of the gospel of the kingdom of God. Faced with Jewish opposition and disbelief in response

¹ Licenciado en Teología con énfasis en Biblia, por el Seminario Bíblico Latinoamericano (SBL). Doctor en Teología por el South African Theological Seminary (SATS); Investigador y Profesor de Hermenéutica y Teología Bíblica en el Centro de Estudios Bíblicos y Teológicos, "YOBEL", de San Cristóbal de Las Casas, Chiapas; México.

to his teachings and miracles, Jesus delivered strong denunciations; for this reason, and as the outcome of a political-religious conspiracy, he was put to death in Jerusalem. By the way he spoke and acted in different circumstances and toward diverse groups of people, Jesus was regarded as greater than the prophets who preceded him.

Keywords: Proclamation and denunciation, Healing and salvation, Solidarity and compassion, Actions and words

Introducción

De acuerdo con la iniciativa de Dios mostrada desde el Génesis, Jesucristo asumió la misión de buscar y salvar lo que se estaba perdiendo desde el tiempo de Adán. Esto se aprecia en los encuentros que Él tuvo con varias personas. A través de todas las acciones durante su ministerio, trajo la salvación y sanidad que Dios anunció por medio de sus profetas. Con ello, el tiempo de gracia se había cumplido. Fue así como Jesús empezó su actuación como el Hijo de Dios, quien, con el poder del Espíritu Santo, hizo palpable la visitación de Dios, el Creador, Altísimo y Viviente.

Desde el Antiguo Testamento, Dios indicó la importancia del ministerio profético. En razón de esto, Moisés anunció que se levantaría un profeta como **Él** y también expresó su deseo de que ojalá que todo el pueblo fuera profeta (Números 11:29). En algunas escenas y relatos del evangelio de Lucas, se mencionan estos profetas del Antiguo Testamento: Moisés, Elías, Eliseo y Jonás. En diferentes momentos, lugares y contextos, estos siervos de Dios asumieron un liderazgo y ministerio en el pueblo de Israel. Específicamente, las tareas proféticas que realizaron consistieron en hablar de parte de Dios al pueblo y también obrar milagros. Por medio de estos varones y otros más, Dios habló e hizo muchas maravillas para darse a conocer como el único Dios y también realizar su plan de salvación. Quien así escuchó y obedeció su voz, recibió la restauración y bendición de Dios.

La triple dimensión del profeta bíblico (crítico de Israel, concientizador del pueblo, e intérprete de la historia), tiene mucho que ver con una hermenéutica de la liberación. El profeta se mueve en el plano religioso: recuerda el compromiso de la Alianza, muy concreto y social, pero espera la acción de Dios cuando el opresor o el pecador no cambia. De este se aguarda su conversión, una actitud más profunda. La voz profética resuena con la misma potencia, pero con nuevas expresiones. Siendo lo que es, el reclamo de la Alianza que

compromete al amor, puede y debe desencadenar otros efectos. El profeta actual, metido en la tarea liberadora, tendrá su luz para discernir los *signos de los tiempos*. (Croatto, 1978, p.p. 76-77).

En medio de un tiempo de destrucción, la luz y la gloria de Dios fueron anunciadas por el profeta Isaías. Con estas palabras, el Señor fortalece la esperanza de restauración en el pueblo. Para que esta última se hiciera realidad, el pueblo fue llamado a arrepentirse de sus iniquidades y renovar su obediencia a los mandamientos del Señor, su Dios. Así como Dios cumple sus promesas en el tiempo determinado, de igual forma llama a su pueblo a cumplir con los requerimientos de su pacto que ha establecido.

De acuerdo con lo expresado por Moisés, en su doble obra (Lc-Hch), Lucas retoma la función profética en dos niveles:

Primero, Jesús fue consagrado y enviado para cumplir las Escrituras. Como Mesías-Profeta, Jesús viene a inaugurar el tiempo de visitación divina. El anuncio del año de gracia del Señor, estaba en relación con la fiesta del jubileo en Levítico 25:10. Es a partir de esto, que Jesús asume una la misión perdonadora y restauradora que su Padre le encomendó.

Segundo, Jesús llamó, instruyó y encargó a sus seguidores para cumplir con un testimonio profético. Así como lo hicieron los profetas del Antiguo y Nuevo Testamento, ahora también al pueblo de Dios se le encomienda la misma tarea. Este testimonio debe consistir en denunciar toda injusticia social, como también anunciar y predicar el evangelio de Jesucristo, tanto en palabras como en acciones. Así como se sostiene el “sacerdocio universal de los creyentes”, así también se debe insistir en la necesidad de la función profética del pueblo de Dios. Después de todo, el Señor y Redentor, al hacer un pacto, anuncia que tanto su Espíritu como sus palabras, siempre estarán con todos los integrantes de su pueblo. (Is. 59:20-21).

Con la preparación que Juan ya había hecho, Jesús inicia su ministerio profético a la manera de Moisés y Elías. En la línea de estos siervos de Dios, Jesús se propuso el anunciar el reino de Dios y denunciar toda clase de injusticias. Aunque Jesús realizó muchas de las acciones de los profetas; sin embargo, él se mostró superior a todos ellos. Así como Juan había sabido dar el lugar merecido a Jesús como el enviado de Dios (3:16-17), así también Jesús supo reconocer el trabajo profético que había realizado Juan como el profeta del Altísimo (7:24-28).

Dos de las grandes cualidades del oficio profético de Jesús fueron la autoridad y el poder con que actuó. En todo lo que él hizo y dijo, no faltaron estas características. Ambas se combinaron y cumplieron una función hermenéutica y misiológica. Es por eso que, en algunos relatos se encuentran algunos testimonios como el de Juan: “es más poderoso que yo” (3:16); como el de la gente que decía: “un gran profeta se ha levantado entre nosotros”, y otros decían “Dios ha venido a ayudar a su pueblo” (7:16); como los caminantes de Emaús, que ante la pregunta de Jesús acerca de lo que había sucedido, “ellos le respondieron: Lo de Jesús de Nazaret, que ante Dios y ante todo el pueblo era un profeta poderoso en hechos y en palabra” (24:19).

Desarrollo

Desde el principio y al final de su ministerio, Jesús asumió la función como exégeta de Dios y hermeneuta de las Escrituras. En la primera, reveló el plan salvador de Dios en su dimensión universal. Jesús vino a enseñar el camino, la verdad y la vida de Dios. Es por eso que solamente por medio de Jesús, se puede conocer y llegar a Dios. En la segunda, Jesús explicó a la gente y a sus discípulos lo referente al cumplimiento de las Escrituras en él. Fue con la unción divina y conforme a las Escrituras, que Jesús enseñaba y actuaba.

El tema de las buenas noticias fue algo que se desarrolló en forma progresiva y con la participación del Dios Trino y Uno. Inició con el anuncio angelical que hizo Dios a dos parejas temerosas, íntegras y obedientes a Dios, sobre los nacimientos de Juan y de Jesús. Luego, continúa con el anuncio que Jesús hizo sobre el perdón y la liberación de Dios para hombres y mujeres, bien de origen judío o gentil. A manera de clímax, el tema de las buenas noticias termina con el anuncio que hacen hombres y mujeres sobre la resurrección de Jesús. Para su realización, las buenas noticias fueron anteceditas y acompañadas por oración al Dios viviente, para quien no hay nada imposible. Una vez cumplida la promesa realizada, el evangelio produjo gozo y paz a todo el pueblo y glorificación a Dios.

Desde Belén hasta Jerusalén, la misión de Dios se hizo realidad en diferentes momentos y etapas. En el tiempo oportuno, Dios cumplió fielmente cada una de las promesas que hizo a su pueblo. Todas las “cosas” (Lc. 1:65; 2:19-20, 51; 7:18; 8:39; 9:43; 10:1, 41-42; 11:53; 13:17; 14:6; 19:11; 21:6, 28; 23:49; 24:9, 18, 19, 26, 35, 35, 48) acontecieron conforme se anunció en el Antiguo Testamento. Esto Lucas lo enfatiza con

el uso de la palabra “hoy” (Lc. 4:21; 5:26; 19:5b, 9ª, 42). Fue en el tiempo presente y con el impulso del Espíritu Santo, que Dios propició muchas cosas mediante el actuar de Jesús. En reconocimiento y gratitud, hubo gente que contó todas las maravillas de Dios.

Según los cánticos de Lucas 1-2, el Señor de los patriarcas y de todo el pueblo de Israel, se describe como el Dios todopoderoso y misericordioso. Como el Dios viviente y Salvador, se muestra como cumplidor de sus promesas, hacedor de grandes cosas y para quien no hay nada imposible para hacer. De acuerdo al anuncio del ángel, al Santo que nacería se le pondría el nombre de Jesús. Ya en su vida y ministerio, a Jesús se le llamaría “Hijo del Altísimo” e “Hijo de Dios” (Lc 1:32a, 35b). “Hijo del Dios Altísimo” (Lc 8:28). Aunque sin fines políticos, el ángel también anunció que el Señor Dios le daría a Jesús el trono de David.

En fidelidad a su pacto, Dios se acuerda de visitar a su pueblo para transformar la situación en la que vive. En respuesta a todo el estado de dicha y bendición recibida del Señor, el llamado es para que hombres y mujeres se dispongan para afirmar su creencia en él y ser sus siervos y siervas. Tanto María y José, como también Elizabeth y Zacarías, fueron sensibles para cumplir con lo establecido en las Escrituras. Todo lo que María escuchaba y veía sobre Jesús, lo guardaba en su corazón. Jesús insistió que se tenía que cumplir todo lo que estaba escrito en la Ley y en los profetas.

Con la preparación que Juan ya había hecho, Jesús inicia su ministerio profético a la manera de Moisés y Elías. En la línea de estos siervos de Dios, Jesús se propuso el anunciar el reino de Dios y denunciar toda clase de injusticias. Ello se debe a que realmente la situación que prevalecía en Galilea, no era nada alentadora. Ahí eran notorias las clases sociales y todo tipo de opresión.

En la Galilea del tiempo de Jesús, se daba un doble cautiverio que marcaba la vida del pueblo y contribuía a la desintegración del clan, de la comunidad: el cautiverio de la política del gobierno de Herodes Antipas (4 a. C.-39 d. C.) y el de la religión oficial. A causa de la explotación y de la expresión política de Herodes Antipas, apoyadas por los romanos, mucha gente quedaba marginada y sin empleo (Lc 14:21; Mt 20:3, 5-6). El clan se debilitó. Las familias y las personas quedaron indefensas. La religión oficial, mantenida por las autoridades religiosas de la época, en vez de fortalecer la comunidad para que pudiera acoger a los excluidos, reforzaba aún más el cautiverio. De esa forma, tanto la coyuntura política y económica como

la ideología religiosa conspiraban para debilitar la comunidad local y, así, impedir la manifestación del reino de Dios. (C. Mesters y Mercedes Lopes Torres, 2000:55).

De acuerdo con lo que se anticipó, Jesús proyectó su ministerio para alcanzar personas judías como no judías. Jesús se preparó debidamente para iniciar su programa de evangelización. En cada etapa de su trabajo, Jesús caminó y trabajo ungido con el poder del Espíritu Santo.

Al ser enviados por el Padre y el Hijo, tanto el Espíritu Santo, Juan y los apóstoles, dieron testimonio acerca de la identidad y vocación de Jesús. La forma en la que Él vivió, guardó relación con el ministerio que él realizó. Consciente de haber sido enviado por el Padre, Jesús como Hijo dio testimonio de la verdad y la gracia divinas. Su anuncio principal fue la manifestación del reino de Dios con un sentido transformador a nivel individual y comunitario. Por eso, su vida, obra, ministerio, muerte y resurrección, guardan una estrecha relación soteriológica y escatológica.

El trabajo profético de Juan y Jesús se complementan. Juan bautizó en agua como señal de arrepentimiento, y Jesús bautizó con el Espíritu y el fuego. Juan insistió mucho en la denuncia ante la práctica del pecado individual y estructural. Como Juan ya lo había hecho, Jesús no insistió en la ira divina abiertamente, al menos en el inicio de su ministerio. A diferencia de Juan, que no obró milagros, el trabajo profético de Jesús consistió en ser anunciador-predicador y sanador. Al final, tanto Juan como Jesús son maltratados y matados en Jerusalén como profetas. Mientras en el primero fue por la intervención de Herodes, en el segundo por Poncio Pilato. Ambas muertes fueron el resultado de la dureza del pueblo y en complicidad de los dirigentes religiosos y políticos.

Nazaret fue el pueblo donde Jesús creció en una familia judía. Jesús, de raíces judías, fue un galileo artesano y campesino. Entre el pueblo, Jesús fue conocido como el hijo de José, el carpintero. Para señalar su identidad como ciudadano, al Señor se le llamó como Jesús de Nazaret.

Fue la aldea de Capernaum, que Jesús eligió para ser la base de su movimiento y ministerio. Desde esta población en la que vivían cerca de unas mil personas, Jesús se trasladó a otras ciudades, pueblos y aldeas. En su andar itinerante, Jesús fue haciendo seguidores por muchos lugares. A escasos 5 kilómetros de Nazaret se encontraba Séforis, una ciudad que no se menciona en los evangelios. Jesús, el Cristo, fue el medio por el cual se dio la manifestación de la presencia y gloria de Dios entre la humanidad.

Jesús vivió en una época profundamente conflictiva, en un país irremediabilmente dividido. En una palabra, había conflictos

en los varios niveles de la vida de la nación: económico, social, político, ideológico y religioso. El pueblo estaba sin condiciones de reencontrar la unidad. Jesús no se mantiene neutro. En nombre de Dios tomó posición. Así, a través de su actitud, la Buena Nueva de Dios se hizo presente en la vida del pueblo. El anuncio de la Buena Nueva es, antes que nada, una nueva práctica, fruto de la experiencia que Jesús tenía con el Padre y que lo llevaba a tomar determinadas actitudes frente a la situación del pueblo. (C. Mesters, 1992:2).

Conforma al pasaje programático de Lucas 4:16-21, el mensaje de las buenas nuevas de Dios fue anunciado por el profeta Isaías (Is. 61:1-2). Jesús anuncia a hombres y mujeres de la gente pobre, una serie de bendiciones que les permitiera disfrutar la vida en términos de libertad, sanidad, perdón y salvación. El perdón que otorgaba Jesús era gratuito, restaurador y transformador. A la persona perdonada, Jesús le pedía que retomara su vida y que ya no volviera a pecar como lo hacía antes. Toda acción de opresión que originaba pobreza, desaparecía por el poder del evangelio y del Espíritu Santo.

Como es sabido, la autopresentación de Jesús tiene lugar en la sinagoga de Nazaret, en un sábado (4:16-30). El texto isaiano del que se apropia Jesús (v. 21) —el anuncio de Isaías 61:1-3—, se encuentra en relación con lo profético. El sujeto que habla se presenta como destinado a anunciar una buena noticia a los pobres, la liberación a los cautivos, la vista a los ciegos (centro estructural de la cita), un tiempo de favor divino. Es la descripción de un profeta, no del Mesías. (Croatto, 2003, p.148).

Fiel a la voluntad y misericordia de Dios, lo que hace Jesús, al leer la cita de Isaías, es anunciar su programa evangelizador. Así como en esta sinagoga de Nazaret, también en otras sinagogas Jesús seguirá realizando su práctica profética. Es mediante su actuar testimonial, que Jesús da a conocer el propósito redentor de Dios. Con su referencia a Isaías 61:1-2, el texto de Lucas 4:18-19 ha sido comentado por varios misiólogos y biblistas². En sus escritos coinciden en decir que Jesús, como el Siervo del Señor, asumió en su ministerio el compromiso de atender las necesidades integrales del ser humano. Con su visión inclusiva y compasiva, Jesús transformó las realidades de las personas que se le acercaron en busca de

² Robert C. Tannehill, 1994:60-61; Pedro Robledo Ramírez, 1995:39-50; Samuel Escobar, 1997:64-65; Ross y Gloria Kingler, 2000:91-99; Carlos Van Engen, 2020:11.

ayuda. Para tal fin, mostró en la vida diaria las bendiciones y exigencias del evangelio del reino de Dios que ya se había acercado. Tanto el reino de Dios como el ministerio de Jesús se expresan y desarrollan en términos del Jubileo.

La importancia de estos textos es que se le pide a Jesús que se identifique como el Mesías y él responde con una definición de su misión en términos similares a su declaración en la sinagoga de Nazaret. Así, Jesús se coloca dentro de la tradición profética, como lo hace Juan el Bautista, el Elías contemporáneo, quien también se menciona en la historia de la sinagoga de Nazaret. Así vemos que la misión de Jesús se identifica con la visión del Jubileo. (R. Kinsler y G. Kinsler, 2000:94).

Con la referencia al anuncio de Isaías 60:1-62:12, Jesús vino para realizar un ministerio profético con alcance universal. Él, como el Redentor, anuncia la buena noticia del año de gracia de Dios para seres humanos de todas las naciones. Esto significaría pasar por una serie de inversiones totales y permanentes: de la oscuridad a la luz; del luto o angustia, al gozo y paz; de la destrucción o quebrantamiento, a la sanación; de la opresión a la liberación; de la confusión o deshonor a la restitución; del despojo a la recuperación de la herencia y adquisición de riquezas; de la injusticia a la justicia; del aborrecimiento al buen deseo; del abandono a la atención. En suma: todos los días de la situación anterior se acabarían para dar paso a un nuevo tiempo agradable y fructífero para los habitantes, la ciudad, el templo y la tierra. Es de esta manera como el Señor cumple su palabra anunciada. Se describe la manifestación de la buena voluntad y misericordia del Señor Dios, el “Santo de Israel” y “el Fuerte de Jacob”. Por todo esto, el pueblo es llamado a que reconozca al Señor como su único Dios y a que lo alabe en todas las naciones.

El hecho que el versículo clave (4:18) sea una cita de Isaías 61:1-2 coloca al tema en su clímax. La visión del año del jubileo, con su promesa de justicia y de liberación, significa que la buena nueva del reino implica una estructuración radical de la sociedad modelada por esta promesa. Este tema demanda un desarrollo extensivo y urgente, tal como lo sugiere Orlando Costas. Por largo tiempo, se ha hecho teología desde la perspectiva de los poderosos y fuertes; es tiempo de que se haga desde el lado de los débiles y oprimidos. Por demasiado tiempo, los pobres han sido escondidos de los ojos de la teología; es tiempo de que se rescaten como una categoría

fundamental del evangelio y como un lugar desde el cual reflexionar sobre la fe. (1982:127). (A. F. Glasser, 2019:306)...

Conforme a lo anunciado por el profeta, la diaconía de Jesús consistió en dar alivio al pueblo. Es por eso que compasiva y misericordiosamente se preocupó por sanar sus enfermedades, consolarle en sus aflicciones, liberarle de sus opresiones malignas y, también, por devolver la vida. En suma, el ministerio de Jesús atendería las necesidades físicas, espirituales y sociales. En esto consistiría una evangelización integral.

Desde el principio, Jesús señaló que su ministerio había venido a beneficiar no solamente al pueblo de Israel. Por esta razón, se hizo referencia al ministerio que realizaron en otros lugares como Tiro, Sidón y Siria. Más adelante, Jesús mismo va a llegar también a estos lugares. Claro que esta actitud de Jesús estaba en función del rechazo judío a sus enseñanzas y milagros. Aunque en algunos lugares le pedían a Jesús que se quedara, él insistía en caminar hacia otros pueblos. Jesús dejó en claro que su ministerio liberador se enfocaba sin fronteras. En forma gradual, Lucas desarrolla en su doble obra (Lc-Hch) una constante que va del particularismo a un universalismo. Mientras el primero se inclinó a la exclusión, el segundo a la inclusión. Como el profeta de Dios, Jesús terminó su ministerio en la ciudad de Jerusalén. Es ahí donde se planea y ejecuta su muerte.

Con base al ejemplo mostrado por Dios (Lc 1:48, 52-53), Jesús se enfoca para escuchar y ayudar a la gente que se encuentra despojada económicamente. Es decir, de la gente hambrienta, enferma, afligida, oprimida y marginada. No obstante, Jesús se da cuenta que además de las realidades sociales que esa gente vive, necesita ser atendida en sus necesidades en forma integral. La identificación de Jesús con la gente pobre, le condujo a ser solidario con ella. Al mismo tiempo, Jesús anuncia un esquema de inversión total, el cual fue realizado por Dios desde el Antiguo Testamento.

Intencionalmente, el tema central en el ministerio de Jesús fue el anuncio y realización del reino de Dios. Por mucho tiempo, los grupos de judíos, como los esenios, zelotes y fariseos, habían deseado ser liberados del dominio romano. Como resultado de eso, alcanzarían a tener la autonomía del templo de Jerusalén. A diferencia de estas concepciones, Jesús anuncia que el reino de Dios no se manifiesta en términos humanos de este mundo.

Dios viene en humanidad (Emanuel) y Dios reina sobre la humanidad. Jesús habla de las señales futuras del Reino de Dios al presentar sus credenciales mesiánicas a los discípulos de Juan el Bautista. (Compárese Mateo 11:4–6, Isaías 61:1–3 y Lucas 4:18–19). El Reino ya se ha acercado, pero todavía no se ha manifestado completamente. Aunque la Iglesia no sea lo que debería ser, es el lugar principal de la manifestación del Reino entre la ascensión y la segunda venida. El Reino se acerca y las iglesias locales son señales que dirigen la atención del mundo hacia el Rey que viene. (C. Van Engen, 2022:99).

Jesús llegó a conocer las necesidades que había en las familias, el trabajo y en la sociedad grecorromana en general. Sus enseñanzas de vida y poder de curación, se escucharon y presenciaron entre la gente campesina. Si bien preferentemente Jesús se acercó a los pobres, también evangelizó a las personas ricas y de otros estratos sociales. Cada una de las palabras y acciones de Jesús alimentaron la esperanza de una mejor calidad de vida terrenal y futura.

La identificación de Jesús con los pobres y su preocupación especial por ellos no limitan la salvación a una sola clase social. Pero, de todos modos, la buena noticia es anunciada a los pobres, es decir, a los literalmente pobres y a aquellos que comparten la actitud de los pobres. Consecuentemente, solo puede ser palabra de salvación para los ricos cuando estos dejan de lado su riqueza como medio para encontrar su identidad, y hacen suya la actitud de los pobres, lo cual supone el ver la absoluta prioridad del ser sobre el tener involucrada en el evangelio. Los ricos no están fuera del alcance de la buena noticia del Reino. Sin embargo, ya que este pertenece a los pobres, solo pueden entrar en él haciéndose pobres. (C. René Padilla, 2012:273).

Como médico de médicos, Jesús no usó las técnicas y las recetas sobre algunos remedios usuales en su tiempo. Con tal de cumplir con la voluntad de su Padre y beneficiar a mucha gente, varias veces Jesús rompió con los esquemas y paradigmas establecidos. Por la forma en la que Jesús actuaba, había gente que se sorprendía y también quedaba inconforme. En medio de todo, creció mucha popularidad en torno a su vida y su ministerio.

Inspirado en la literatura sapiencial y en el lenguaje del pueblo, Jesús enseñó sabiduría para que la gente aprendiera a vivir bien y

conforme a la voluntad de Dios. En varias circunstancias, Jesús enseñó sobre las verdades del Dios de la vida. En cada una de ellas, él enfatizó las exigencias éticas para la vida cotidiana. Lo que hizo Jesús fue ayudar a la gente para que comprendiera y se apropiara la presencia de Dios con todo su propósito salvador y transformador. En sus enseñanzas, Jesús usa imágenes de las cosas que observa en el campo y en la casa, y que son de uso para el sustento y el trabajo diario. Fue a partir de eso, que Jesús enseñó por parábolas sobre la realidad presente y el aspecto futuro del reino de Dios.

Como siervo del Señor, Jesús anduvo entre la gente y estuvo entre sus discípulos como el que servía sin excluir a nadie. En la mesa de Jesús, judíos y gentiles; hombres y mujeres; pobres y ricos, tenían derecho a sus beneficios y el deber para cumplir con sus requerimientos. El seguimiento de Jesús demanda el abandono de todas las posesiones materiales y la disposición de sufrir por causa del evangelio.

Lejos de hacer caso a costumbres culturales, sociales o religiosas, Jesús muestra que su ministerio es inclusivo. En su mesa, tiene cabida toda clase de personas que reconocer su condición, se arrepienten, creen en él y se disponen a seguirlo con todo lo que son y tienen. Estaba prohibido que un hombre hablara con una mujer. Por ser cobrador de impuestos, un publicano era aborrecido y, por consiguiente, era mal visto el entrar a su casa.

Entre la gente sana y enferma, justa y pecadora, rica y pobre, como también entre farisea y publicana; Jesús optó por atender las necesidades de la segunda clase de personas. Es decir, Jesús se compadeció por las personas enfermas, pecadoras, pobres o publicanas. Jesús insistió que en la casa de su Padre Celestial, se produce más alegría por las acciones de arrepentimiento y fe de estas personas. Son ellas que, al ser encontradas por el Dios que las busca con amor, comienzan a disfrutar los beneficios del evangelio del reino celestial.

Los principales destinatarios de la “buena nueva del reino”, siempre fueron las personas pobres y marginadas. Tal y como Dios lo había ordenado desde el tiempo de Moisés, Jesús se compadeció y resaltó las actitudes de las viudas, huérfanos y de las personas extranjeras. Cada una de ellas fue alcanzada por la gracia de Dios.

Tanto en las fiestas terrenales, como en su mesa del gran banquete escatológico, Jesús dijo que deben tener un lugar adecuado, los mancos, los cojos, los ciegos de las plazas y calles de la ciudad; como también toda clase de gente pobre que se encuentra en la marginalidad de los caminos

y atajos. Es a todas esas personas que hay que invitar a comer y sentarse a la mesa. (Lc. 14:12-14, 21-23).

En su práctica evangelizadora, Jesús rompió con todo lo establecido por la sociedad judía en Palestina. Por situaciones culturales, raciales, económicas o políticas, una persona judía no se llevaba con la gente samaritana, se despreciaba a la mujer y se odiaba a los publicanos y soldados romanos. Fue precisamente entre estos grupos de personas, que Jesús encontró algunas grandes muestras de fe y agradecimiento para con él.

Jesús se refirió a su Padre celestial como el Dios para quien no hay nada imposible; como el Dios de vivos; como el Dios que había venido a visitar a la humanidad para redimirla. Si en el tiempo presente Dios había hecho grandes maravillas, Jesús predijo que en el tiempo final sucederían cosas espantosas delante de las personas pecadoras. Así como el Padre le había enviado, así también Jesús enviaba a sus discípulos. Así como el Padre le había asignado un reino, así también Jesús asignó un reino a sus discípulos y que él otorgaría a los suyos (Lc. 22:28-30).

Es mediante la actuación de Jesús, que se hace realidad la revelación y la palabra de Dios en la historia humana. Es aquí donde se da la posibilidad de conocer y experimentar a Dios en la diversidad de contextos. El Dios de la vida es quien muestra su misericordia para con las personas que se encuentran en el sufrimiento y la exclusión.

Si bien la salvación y el reino de Dios ya se habían acercado mediante el ministerio de Jesús; sin embargo, su acercamiento pleno todavía se realizará en forma final. Desde el inicio del evangelio, toda esta visitación de Dios había sido vista y oída por grandes multitudes. Tanto en sus milagros como en sus enseñanzas, Jesús hizo uso de las figuras de la mesa y la casa. Ambas, se convirtieron en lugares de encuentro y de testimonio sobre el actuar de Dios por medio de Jesús y en el poder del Espíritu Santo.

En su vida y ministerio, Jesús le dio un lugar de importancia a la Ley y los Profetas. Hizo referencias al ministerio de Moisés, Elías y Juan. Sobre todo, dijo que había venido a cumplir todo lo que sobre él se había escrito. Algo que es como un hilo conductor, es que durante el ministerio de estos siervos de Dios es la forma en la que el pueblo debía responder a la Palabra de Dios.

la Ley.....	y los profetas.....	el Reino de Dios
(Moisés)	(Elías-Eliseo)	(Jesús)

La Ley y los profetas, concentran el mensaje del Antiguo Testamento. Contienen una teología que nació en diferentes contextos de la historia del pueblo de Israel. A la Ley y los profetas, se suman los Escritos Sapienciales, que integran el Canon de los libros del Antiguo Testamento. El mensaje de estas tres colecciones de libros fue la guía que Dios dejó para orientar el caminar de su pueblo elegido y redimido. El oír y obedecer los mandamientos divinos, desembocó en la adquisición de sabiduría para vivir conforme el propósito del Dios.

La Ley y los Profetas son representados por Moisés y Elías. Con estos personajes y desde la línea profética, se establecen unos paralelos con Jesús. Los tres son preparados por Dios en el desierto; Moisés y Elías presencian la manifestación de Dios en el Monte Horeb. Los tres reciben un encargo misionero de Dios. Es por medio de los tres, que Dios deja oír su voz para ser obedecida. Mientras Moisés murió y fue enterrado por Dios, Jesús fue muerto, sepultado y resucitado por Dios. Así como Elías, Jesús también fue ascendido al cielo. Así como Eliseo recibió doble porción cuando Elías se fue, también el grupo de discípulos recibió el poder del Espíritu Santo en el día de Pentecostés.

En algunas narrativas de su evangelio, Lucas hace referencia a dos personajes con vestiduras blancas. Son ellos que aparecen para anticipar o confirmar un evento escatológico en torno a Jesús como profeta, esto es, el anuncio de su muerte (Lc 9:30); el testimonio sobre su resurrección (Lc 24:4) y su ascensión (Hch 1:10). Mientras Moisés aparece como el portador de la Ley divina, Elías es quien representa a todos los profetas del Antiguo Testamento.

Si Dios se complace en su Hijo, es porque le tiene confianza para realizar la tarea que le encargó. Es en el Monte de la transfiguración, donde el Padre ratifica a Jesús como su Hijo. Ante la falta de atención de la gente a las enseñanzas de Jesús, añade que a él se debe oír. Así como lo hicieron Moisés en el Monte Sinaí y Elías en el Monte Carmelo, ahora Dios llama a la gente a la obediencia. Es como si se estuviera actualizando la frase del Antiguo Testamento: “Si oyeres hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones”. Así como la salvación de Dios es anunciada “hoy”, así también la obediencia a su palabra es para “hoy”.

Moisés y los profetas se mencionan también en la parábola del rico y Lázaro (Lc 16:19-31). Al final del relato, se dice que el rico le rogó a Abraham que enviara a Lázaro para advertirle a su familia acerca del lugar de tormento donde se encontraba. En respuesta, Abraham le dijo que eso no era necesario, ya que para eso tenían a Moisés y a los profetas;

era a ellos que tenían que escuchar. La palabra de Dios que ellos habían predicado, debía haber sido creída y obedecida.

La respuesta a la palabra de Dios es para el “aquí y el ahora”. Es mientras vive, que el ser humano tiene la oportunidad de decidir sobre su destino eterno. Nadie del más allá puede regresar a predicar a la gente en esta tierra. Cuando alguien muere sin Dios en incredulidad, no puede descansar en paz y con esperanza en la vida eterna. De acuerdo al mensaje bíblico, queda expuesto a la condenación. Es hoy, el tiempo para escuchar a Dios y recibir el don de la salvación. Es mientras el cielo y la tierra permanecen, que existe ocasión para creer en las buenas nuevas del reino de Dios.

Como discípulo de la escuela deuteronomista, Lucas enfatiza el lugar que tiene la palabra de Dios para normar el caminar y actuar de toda gente convertida. En las Escrituras se fundamentan la fe y la práctica evangelizadora de las comunidades cristianas. Moisés y Elías representan el ministerio profético que se describe en la obra deuteronomista. Fueron estos personajes, que Dios llamó para hablar a su pueblo. Si en respuesta el pueblo obedecía, tenía la promesa de disfrutar un buen vivir en forma integral. Fueron Moisés y Elías que combatieron toda la idolatría que hizo daño a Israel. Como mensajeros del Señor, ellos hablaron sobre los planes de Dios para salvar y juzgar tanto al pueblo de Israel como también a las naciones.

Saltan a la vista algunos paralelos entre Moisés y Jesús: ambos, al nacer, fueron librados por Dios debido al infanticidio provocado por el rey de Faraón de Egipto y Herodes de Roma. Así como Moisés, Jesús estuvo cuarenta días en el desierto. Fue en este tiempo y lugar, que Dios los preparó para cumplir el gran trabajo que les encomendó de liberar y salvar a su pueblo. En medio de toda oposición humana, el proyecto de vida de Dios se cumplió. Así como Moisés, Jesús insistió que solamente hay que adorar y servir al Señor, el único Dios (Lc. 4:8; cf. Dt. 6:13). Así como Moisés, Jesús exhortó al pueblo para oír y obedecer la palabra de Dios (Lc. 8:15, 21; 11:28).

Jesús nace en y es del pueblo. Es por eso que camina con y entre el pueblo, entiende al pueblo, convive con el pueblo, se solidariza con el pueblo. Para la gente incrédula, Jesús llegó a ser considerado como un habitante más del pueblo, como el hijo del artesano José. Por eso, se le llamó Jesús de Nazaret. Jesús se trasladaba de una aldea a una ciudad, de una ciudad a otra, de una ciudad al Jordán o, a veces, del Jordán al

desierto. El dinamismo del trabajo misionero de Jesús y sus discípulos, se distinguió desde Galilea hasta Jerusalén. Por eso, acciones verbales como: entraron, se retiró, entró, cruzaron, cruzó, regresó, recorría, salieron, se embarcó, llegaron y se sentó.

Jesús se compadeció por la gente que vivía en las márgenes de las ciudades. Tanto en las aldeas, los campos de las regiones de Palestina, Jesús evangelizó a toda clase de personas. Con sus palabras y acciones, Jesús produjo mucha alegría y bendición a muchas personas de diferentes edades y clases sociales. De acuerdo al mensaje profético, la salvación de Dios se anunciaba para todos los pueblos de la tierra. Lo que en el pasado Dios había anunciado, ahora se estaba cumpliendo grandemente a la vista de toda la gente.

Los enfermos a los que Jesús se acerca padecen dolencias propias de un país pobre y subdesarrollado: entre ellos hay ciegos, paralíticos, sordomudos, enfermos de la piel, desquiciados. Muchos son enfermos incurables, abandonados a su suerte e incapacitados para ganarse el sustento; viven arrastrando su vida en una situación de mendicidad que roza la miseria y el hambre. Jesús los encuentra tirados por los caminos, a la entrada de los pueblos o en las sinagogas, tratando de conmover el corazón de la gente. Estos campesinos perciben su enfermedad no tanto como una dolencia orgánica, sino como una incapacidad para vivir como los demás hijos de Dios. Lo que anhelan estos enfermos no es solo la curación de una dolencia, sino poder disfrutar como los demás de una vida más plena. (J. A. Pagola, p. 134).

Jesús anduvo entre el pueblo y caminó junto al él. Jesús se dio el tiempo necesario para escuchar y ayudar a la gente del pueblo. Es más, comió en la mesa con mucha clase de personas. Jesús hablaba y actuaba con la autoridad y el poder de Dios; pronunciaba sus enseñanzas y obraba los milagros en los caminos, las casas, en las sinagogas de varios lugares, y en el mismo templo de Jerusalén.

Con gran humildad, Jesús mostró una vocación de servicio. A cualquier hora del día y en diferentes lugares, Jesús siempre fue compasivo para atender a la gente en sus diferentes necesidades. Fue en el camino, alrededor de la mesa, al compartir el pan, en el diálogo, el intercambio de miradas y el intercambio físico, que Jesús construyó comunidad y nuevas relaciones familiares y sociales. Tanto al hombre como a la mujer, Jesús les

declara como libres, les reconoce su dignidad y les respeta sus derechos humanos. Cuando así se solicitó, con gusto, Jesús se dispuso para ir a la casa donde había alguna persona necesitada o incluso a punto de morir.

Jesús sintió una inclinación especial hacia los sectores marginados, como los de las mujeres, los pobres y todos lo que padecen discriminación... Al pensar en Jesús en su contexto histórico y social, se entiende por qué lo seguía tanta gente: cada uno de sus gestos, palabras y acciones respondía a los anhelos de esperanza de sus seguidores, hombres y mujeres por igual. Esa gente buscaba una novedad de vida en Jesús, y por eso se unían a su movimiento... Jesús no hacía distinción entre mujeres y varones; por el contrario, una de sus características consistió en proponer un orden de vida diferente del modelo jerárquico al que estamos acostumbrados. Jesús tampoco hablaba muy bien de las autoridades religiosas que se creían santas y que marginaban a quienes consideraban impuros o que se aprovechaban de las viudas. (Támez, 2004, p.p.14-17).

Como el enviado de Dios, Jesús, además de predicar y anunciar la buena noticia, también sanaba y perdonaba los pecados. Cada palabra pronunciada y cada hecho realizado, transformaron íntegramente a las personas que se arrepintieron y creyeron. Jesús señaló que él había venido para llamar a gente necesitada de Dios. Jesús se compadeció de la gente que era excluida o explotada por la comunidad judía. Estas personas se clasificaban en tres grupos: El primero, compuesto por las viudas, leprosas y discapacitadas; el segundo, por la gente samaritana, y el tercero, por los soldados y publicanos. En su diario vivir y caminar, Jesús se preocupó por la justicia, liberación, bienestar e igualdad de todas las personas que le abrieron su corazón y sus casas.

Jesús vino a sanar de cualquier enfermedad. Desde una leve hasta una grave, como fue una fiebre o una lepra. Cuando el Señor reprendía a la enfermedad, esta se quitaba de las personas y les daba fuerzas para levantarse y caminar. A veces, Jesús solamente extendía la mano para tocar a alguien para liberarle de toda dolencia física. En alguna ocasión, Jesús sanaba sin que la persona enferma se lo pidiera.

Por todas las señales y prodigios que Jesús realizaba con el poder del Espíritu Santo, pasó a ser un personaje muy conocido y reconocido en el ámbito de Galilea. Fue por eso que su fama se extendió por muchos lugares.

Dependiendo en donde se reunían o estaban judíos o gentiles, Jesús realizó su ministerio en sinagogas (Lc. 4:15, 16, 28, 33, 38, 44; 6:6; 8:41; 11:43; 20:26; 13:10), casas (Lc. 4:38-39; 7:36-50; 8:50-56; 10:38-42; 11:37-54; 14:1-6), caminos, colinas, otros lugares, y en el mismo templo de Jerusalén (Lc. 19:45-48; 20:1ss; 21:37; 22:53^a).

Debido a la diáspora judía, existían sinagogas en varias ciudades de Palestina. Esto mismo sucedía en el mundo que describe el Nuevo Testamento. Las sinagogas eran lugares donde se hacían liturgias y se estudiaba la Escritura del Antiguo Testamento en el día de reposo. Eran los rabinos quienes se encargaban de la enseñanza. En las sinagogas se encontraban personas judías y no judías. Fue la sinagoga, uno de los lugares que Jesús ocupó para enseñar al pueblo y en donde obró algunos milagros de sanidad de personas (Lc. 4:16, 33, 38, 44; 6:6; 13:10). Debido a que este ministerio Jesús lo hacía en los días de reposo, comenzó a tener conflictos con los escribas y fariseos. Por su legalismo, estos religiosos se enojaban y con ello trataban de obstruir el trabajo de Jesús. No obstante, Jesús, como “el Hijo del Hombre” y “Señor del día de reposo”, continuaba con mucho éxito su ministerio.

En el tiempo de Jesús, el templo de piedras, construido por Herodes El Grande alrededor del año 20 a. C., había perdido su función original. Por eso, Jesús mantuvo una crítica fuerte contra el Templo y sus dirigentes. Por eso, Jesús desaprobó la forma como los fariseos oraban y ofrendaban. Como el templo se había convertido en un mercado, Jesús azotó y corrió a los mercaderes. Como el espacio del templo había sido centralizado en torno a la población judía, Jesús enseñó que tenía que ser abierto para la oración de toda clase de personas. Ante el rechazo e incredulidad de las autoridades judas, Jesús anunció que toda su majestuosidad del Templo, quedaría reducida a ruinas por el castigo divino. De acuerdo al Nuevo Testamento, el templo de Dios ahora es Jesús y la iglesia. Quienes integran la iglesia, son ahora las piedras vivas delante de Dios. Son ellas, las que, de acuerdo a Jesús, que deben adorar al Dios viviente en “espíritu y verdad”.

Intencionalmente, el tema central en el ministerio de Jesús fue el anuncio y realización del reino de Dios. La razón es que, por mucho tiempo, los grupos de judíos, como los esenios, zelotes y fariseos, habían deseado ser liberados del dominio romano. Como resultado de eso, alcanzarían a tener la autonomía del templo de Jerusalén. A diferencia de estas concepciones, Jesús demuestra que la manifestación del reino de Dios no se da en términos humanos de este mundo.

Aunque Jesús dijo que el reino de Dios ya había venido, sin embargo, enfatizó que todavía se manifestaría plenamente en el futuro. Con las señales que Jesús hizo, la gente presenció cercanamente el “ya” del reino de Dios. En el momento de su segunda venida, sería la ocasión en la que el “todavía no” del reino de Dios se celebraría en el banquete escatológico. La redención y la vida eterna, que ya se habían comenzado a disfrutar, en el tiempo final, se consumirían.

Jesús enseñó que el reino de Dios es más que comida y bebida y que su búsqueda y entrada en él, consiste en la práctica de la justicia y la misericordia. El reino de Dios ya se había acercado y se estaba manifestando maravillosamente. La buena nueva del reino de Dios es presentada por Lucas en cuatro direcciones: 1. Como tema principal del anuncio y ministerio de Jesús (4:43; 8:1; 9:2, 11, 27; 11:20; 12:32; 13:18, 20; 16:16; 17:21; 19:11; 21:31; 23:51). 2. Como posesión (6:20; 9:62; 18:16), 3. Como lugar al que se entra o se celebra un banquete (7:28; 13:29; 14:15) y 4. Como realidad que viene (10:9-11; 17:20; 22:16-18).

Para Jesús, el Reino de Dios es el generador de cambio de la realidad y de solidaridad con los débiles. Jesús enseñó los principios de su reinado y actuó incansablemente a favor de la gente marginada: los pobres, los huérfanos, las viudas y los extranjeros. Jesús no vino para hacer el mal a las personas, sino el bien; no se dedicó a destruir la vida, sino a salvarla; no vino a condenar, sino a perdonar.

Una vez que la gente creyó en el mensaje de salvación, siguió un proceso de formación cristiana. Se pasó a la etapa de crecer en las verdades sobre Dios y sus implicaciones prácticas en la vida diaria. Evangelización y discipulado, fueron dos trabajos que Jesús realizó. Es por eso que su imperativo consistió en dejar todas las cosas materiales para seguirlo hasta el final.

En cada paso que daba, Jesús palpaba la condición en la que la gente se encontraba. Con cada una de sus enseñanzas, él habló al corazón necesitado de Dios. En diferentes circunstancias y lugares, el Señor anunció e hizo realidad todo lo relacionado con las buenas nuevas de salvación. Como resultado y en forma desencadenada, la gente contaba todo lo que presenciaba. Todo lo que había pasado en las casas, el camino y otros lugares, fueron motivos para testificar. Fue así, que se produjo una interrelación entre el ver, oír, creer y anunciar.

Dependiendo de las clases de personas con las que trató, Jesús tuvo encuentros y desencuentros. Dependiendo de las situaciones en

las que se encontró, Jesús vivió sentimientos encontrados. En medio de diferentes emociones, mostrar entereza de carácter y equilibrio en sus decisiones. En medio de las vicisitudes que se le presentaron, Jesús supo mantener firmemente sus convicciones para terminar su proyecto de vida y de ministerio.

Mientras unas personas se mostraron humildes, otras se mostraron arrogantes. En tanto, algunas fueron de buenas intenciones, otras fueron malvadas y solamente querían hacerle daño. De esta última clase de personas fueron los escribas y fariseos judíos. Jesús reprochó la actitud legalista con la que actuaban los fariseos y escribas. Cuando estos se presentaban ante Dios, ponían énfasis en sus logros personales. Jesús tuvo la palabra adecuada para cada quien. Ante el endurecimiento del corazón de la generación perversa, Jesús anunció juicios divinos, así como sucedió con las generaciones que relata el Antiguo Testamento. Es más, Jesús dijo que los castigos para las ciudades de su tiempo, serían más grandes que aquellos que habían sufrido las ciudades antiguas, como las de Sodoma y Gomorra.

Jesús puso en paralelo, las actitudes asumidas por la gente pecadora del tiempo de los profetas y aquellas de la actual generación. Lejos de escuchar y practicar los mandamientos divinos, había gente que se deleitaba en cometer toda clase de pecados. Por eso, así lo como lo hizo Juan el Bautista, también Jesús asumió su función profética al denunciar la maldad de los dirigentes judíos y del imperio romano.

Hubo gente que nunca se cansó, pero de murmurar y oponerse a Jesús. En muchas ocasiones hicieron preguntas para poner en duda lo que Jesús hacía y decía. Algunas personas no daban crédito al perdón y sanidad que Jesús otorgaba. Sus enseñanzas y milagros se pusieron en tela de juicio. Los lugares y días en los que Jesús actuaba, también cayeron en entredicho. Como Señor del día de reposo, Jesús señaló que en ese día también podía obrar milagros. La gente del pueblo y de las aldeas, nunca se cansó de esperar ver y ser ayudada por Jesús. En correspondencia, Jesús nunca se cansó de ayudar en la cotidianidad de la vida.

Debido a su maldad, alguna gente que se acercaba a Jesús insistía en pedirle señal acerca de todo lo que hacía o decía. Ante esta situación, Jesús fue claro al decirles que la única señal que se les mostraría sería la del profeta Jonás. De manera que, al ser Jesús mayor que Jonás, con toda la autoridad los llamaba al arrepentimiento. Así como pasó con la gente de Nínive, así también la generación actual tenía una oportunidad. Si después

de oír la palabra de Dios se arrepentía, podía escapar del juicio venidero. Si persistía en su maldad, la misma generación de Nínive se levantaría en el juicio divino para condenarla. Además, en este mismo pasaje (Lc. 11:29-32) y en otros, Jesús se presentó como superior a Salomón, Moisés, David y cualquier otro personaje que Dios usó en su proyecto redentor. Cada una de las enseñanzas y milagros de Jesús, confirmaron la sabiduría y autoridad con que actuaba.

Todo proviene y es concedido por la gracia de Dios. En el evangelio, se revela la justicia, el camino o el propósito de Dios. El evangelio fue conocido, recibido o rechazado en diferentes circunstancias. Quien se arrepintió y creyó, recibió el bautismo, el perdón y la vida eterna. A diferencia, quien no cree ni se arrepiente y antes bien muestra rechazo, queda expuesto al juicio de Dios.

Por ser descendientes (“hija” o “hijo”) de Abraham (13:16^a; 19:9), quienes se arrepentían y creían en Jesús, llegaban a pertenecer a la familia de Dios. Mujeres y hombres recibían y asumían los beneficios y requerimientos del evangelio. El evangelio que proclama Jesús es para judíos y gentiles, es decir, para personas de cualquier raza. Su Padre Celestial, que lo había enviado, también le había enseñado; su reino se había acercado sin acepción de personas.

En cada acto y palabra de poder y gracia de Jesús, se iba cumpliendo el tiempo de salvación anunciado por el ángel Gabriel a Zacarías (1:20) y el cántico de las huestes angelicales, “Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz para con la humanidad que es grata a Dios” (2:14).

Tanto en Jesús, como delante de la gente y líderes religiosos o políticos, las Escrituras y las promesas salvadoras del Padre, se cumplieron en tiempo y forma. Con ello, las señales del evangelio del reino se mostraron por medio de hechos y palabras llenas de “gracia y poder”.

En los relatos de Lucas, el marco de la actuación de Dios se relata en espacios específicos. En forma simétrica, en los dos primeros capítulos y en el último de Lucas, los relatos se desarrollan en dos lugares: Santuario-casa-casa-Templo.

Desde varios lugares como la casa y hasta en la cruz misma, Jesús no se cansó de ofrecer perdón a la gente que se arrepentía en humildad y clamaba a él por misericordia. En las últimas horas de su vida, Jesús cumplió con su ministerio: sanó a un hombre en el huerto de Getsemaní (22:49-51), clamó a Dios para que perdonara los pecados de la humanidad (Lc. 23:43) y dio palabra de esperanza a uno de los ladrones que fue crucificado con él (Lc. 23:43).

En medio de momentos angustiantes y de burlas de la multitud, llegó la hora en la que Jesús murió y entregó el espíritu a su Padre Celestial (Lc. 23:46). Acto seguido y siendo la hora sexta del día, tuvieron lugar una serie de fenómenos naturales propiciados por Dios para mostrar su poder y hacer la apertura de los acontecimientos escatológicos, como resultado de esto se desprendieron una serie de reacciones humanas, siendo la primera, una glorificación a Dios acompañada de la confesión del centurión romano y su grupo de soldados: “¡Verdaderamente, este era el Hijo de Dios!” (Mt 27:54b; Mr 15:39) y “verdaderamente este hombre era justo” (Lc 23:47), y que automáticamente confirmaba la identidad de Jesús y echaba por tierra las acusaciones que los judíos y romanos habían pronunciado delante de Jesús mismo. Así como en el camino a la cruz, ahora también toda la multitud que vio esto, regresó golpeándose el pecho (Lc 23:48).

Para cumplir con las Escrituras y toda justicia divina y sin haber cometido pecado alguno, Jesucristo fue bautizado (Lc. 3:21-22), fue contado entre los pecadores (Lc. 22:36-38) y fue crucificado en medio de dos malhechores (Lc. 23:32-33). En la cruz, Jesús confirmó sus hechos y dichos de todo su ministerio. Como el Siervo y Cordero de Dios, Jesús consumió hasta el final su tarea. Al respecto, el profeta dice: “Ciertamente, llevó él nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él, herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados”. (Is. 53:4-5).

Como judío, Jesús en su tiempo guardó las fiestas solemnes como la de los tabernáculos, la dedicación y la Pascua. Estas festividades representaban gran afluencia de gente a Jerusalén, y, por consiguiente, redundaba en muchos ingresos para la tesorería del Templo.

La actuación profética de Jesús le condujo, en obediencia a su Padre celestial, a asumir funciones diversas. En distintos lugares, Jesús, como el profeta e Hijo de Dios, enseñó y realizó muchas cosas. Sin embargo, fue en uno de ellos (Jerusalén), donde murió. Lo que en varias ocasiones previas él lo había anunciado, ahora se cumplía. Por su dureza de corazón, el pueblo y los dirigentes de Jerusalén hicieron un complot para matarlo injustamente. Aunque Jesús muestra su “obediencia profética” hasta el final, también hace anuncios proféticos de sufrimiento y destrucción sobre Jerusalén, el templo y el pueblo mismo. Las amenazas y los deseos por quitarle la vida, se hicieron realidad en forma injusta. En medio de toda

la mezcla de acciones negativas de los seres humanos, Dios —que había enviado Jesús— cumple su propósito redentor en la ciudad de Jerusalén.

El eje del evangelio de Lucas establece la muerte de Jesús como profeta. Jesús se autodefine como profeta. La escena de 13,33, incluso, es preparatoria de la de 23,8-12, en la que Jesús es despreciado y hecho objeto de burla por Herodes, dato que contribuirá a la toma de decisiones de Pilatos. Jesús no puede desviarse de su meta, Jerusalén, a pesar de los buenos consejos de los fariseos que lo abordan (v. 31). “Debe” ir a Jerusalén, porque los profetas, según la gran tradición israelita, actuaron sobre todo en Jerusalén y allí fueron rechazados y perseguidos. Acto seguido, Jesús apostrofa a la ciudad, pero esta vez no se autodefine como profeta que muere en ella, sino que la define a ella como ‘la matadora de los profetas’. (J. S. Croatto, 2003:152).

Todo sucedió desde y entre la aldea de Belén y la ciudad de Jerusalén. La visitación anunciada, Dios la realiza a la humanidad por medio de Jesús. Si bien Jesús había nacido en Belén, su muerte fue en Jerusalén. Es desde el pesebre hasta la cruz del calvario, que muchas personas presenciaron la gloria de Dios. Desde una remota aldea de Belén, la buena noticia sobre Jesús se consolidó en Galilea y desde ahí se extendió por todas las regiones de Palestina.

Desde Belén hasta Jerusalén, la misión de Dios se hizo realidad en diferentes momentos y etapas. En el tiempo oportuno, Dios cumplió fielmente cada una de las promesas que hizo a su pueblo. Fue en el tiempo presente y con el impulso del Espíritu Santo, que Dios propició muchas cosas mediante el actuar de Jesús. En reconocimiento y gratitud, hubo gente que contó todas las maravillas de Dios.

En el nacimiento y en la muerte de Jesús se contemplan actitudes de personas que esperaban el cumplimiento de las profecías y promesas. Antes de morir, hubo hombres y mujeres que contemplaron con sus propios ojos la visitación y la redención de Israel. Derivado de eso, se dispusieron a glorificar a Dios por todas las grandes cosas que había hecho por medio de Jesús delante de grandes multitudes. Todas esas personas fueron temerosas que creyeron y confesaron que Jesús era el Cristo y el Hijo de Dios.

Fue en la ciudad de Jerusalén que Jesús resucitó. Ante las reacciones de sus discípulos, lo que hizo Jesús fue tratar de revertir o cambiar la incredulidad de ellos (Lc. 24:25, 38). El tiempo que hay entre su aparición

y ascensión, confirmó la fe de sus seguidores. Para que esto fuera una realidad, el Señor hizo que usaran todos sus sentidos como el del oído, la vista, el tacto y también el gusto. Fue con la llenura del conocimiento de las Escrituras y del poder del Espíritu Santo, que cada hermano y hermana quedó con fortaleza para continuar su seguimiento y servicio a Jesús.

Los que fueron testigos del triunfo de la resurrección y que oyeron a Jesús describir su crucifixión como crucial para la obra redentora de Dios, fueron llamados a participar con Dios en la tarea de hacer conocer este mensaje de la resurrección por todo el mundo. Todos los que han sido llamados por las buenas nuevas del reino, deben hacer de la tarea de proclamar su mensaje y de demostrar su realidad, su preocupación principal. (A. F. Glasser, 2019:292).

Juntamente con la promesa de enviar al Espíritu Santo, les hizo el encargo de testificar todo lo que habían visto y oído de él. Mientras que algunas personas no creyeron cuando les dijeron que Jesús vivía, otras, no le creyeron. incluso cuando lo vieron resucitado. Quienes no le vimos y creemos en él, Dios nos hace sentir su bienaventuranza. Hoy, todas las cosas que se ven y que se cuentan de Jesús, hay que creerlas firmemente y compartirlas valientemente.

Conclusiones

Conforme al plan de Dios, así fue necesario que se cumplieran las Escrituras en la vida y en ministerio de Jesús. En cada palabra enseñada y en cada acto realizado, el Padre Celestial se complació en su Hijo amado. En cada paso, en el camino y en cada encuentro en las casas y sinagogas, Jesús evangelizaba con el poder del Espíritu Santo. Con toda su vocación de servicio, Jesús hizo realidad el “Shalom” de Dios del Antiguo Testamento en términos del “buen vivir”.

Jesús, el profeta de Dios, ministra en la sinagoga, camino, la casa y el templo. Es en la casa, donde Jesús se sienta a comer, beber y hablar sobre varias cosas con las personas que le reciben o le contemplan. Mientras algunas de esas cosas han sucedido y otras están sucediendo, otras todavía sucederán necesariamente por voluntad de Dios. Es en todos estos espacios y en tiempos determinados del día y la noche, que Jesús cumple a cabalidad su ministerio profético.

En todo momento, Jesús tuvo clara su función profética. Desde su unción o consagración en la sinagoga de Nazaret, Jesús actúa como profeta en la historia humana. Una vez que muere como profeta en Jerusalén, la

gente lo recuerda por sus grandes hechos y palabras. Después de Pascua y pentecostés, Jesús es proclamado y creído como el Cristo.

Jesús fue conocido como un galileo que predicaba y curaba a la gente. Las palabras y actuación proféticas de Jesús se basaron en la autoridad con la que habló y el poder con el que obró milagros. Jesús actuaba por el poder de Dios y la unción del Espíritu, lo cual reflejaba la llegada del reino de Dios. Como profeta de Dios, Jesús transmitió la palabra de Dios al pueblo de Dios. Por eso insistió en la necesidad de que sus seguidores oyeran y obedecieran la palabra de Dios en la vida diaria.

Durante todo el ministerio de Jesús se desenvuelven o se desplazan dos dimensiones suyas: una es la mesiánica y la otra es la profética. Cada una de estas dimensiones aparecen en algunos relatos. Esto se sucede en conformidad con el tiempo establecido por Dios y con el condicionamiento de las intervenciones de algunos agentes. Al respecto, José Severino Croatto dice:

En esta actividad profético-magisterial se incluye la afirmación de la mesianidad del resucitado, y las prefiguraciones jesusánicas del profeta rechazado y condenado a muerte. En última instancia, la mesianidad pascual de Jesús es la contraparte de su actividad profética terrestre, pero es esclarecida e interpretada por su nueva actividad profético-magisterial “como Moisés”, también pascual. (J. S. Croatto, *RIBLA* 2003:1: p. 158).

Con su consciencia clara de ser el Mesías prometido y el profeta del Altísimo, Jesús como el Hijo de Dios da inicio al reinado de Dios en la historia humana y con una concepción diferente a la esperada por la gente. No obstante, su naturaleza divina, Jesús mostró rasgos humanos en su vida. Como cualquier persona, Jesús lloró y se alegró; pasó hambre y desvelos. En sus enseñanzas, Jesús estableció una relación entre el mensaje de la Biblia y la realidad de la vida. Al marcharse Jesús, ahora, él promete que dentro de unos días se hará realidad la presencia de Dios por medio del Espíritu Santo.

Con su mirada compasiva, gesto solidario y acción profética, Jesús sanó y liberó sin distinción alguna a muchas personas. Fue con el poder del Espíritu Santo, que Jesús alivió el corazón quebrantado, hizo oír a los sordos, ver a los ciegos, caminar a los cojos, limpió a los leprosos, liberó de tormento a los endemoniados y resucitar a los muertos. Por los designios y la voluntad divina, todos esos seres humanos llegaron a sentir la bienaventuranza del evangelio del reino de Dios. Con el uso frecuente de términos como el de “muchos”, “multitudes”, “grande”, o “grandes”; Lucas se refiere a la actuación de Dios por medio de Jesús.

Durante su caminar, actuar y hablar, Jesús vivió varias experiencias. Fueron manos y voces de hombres y mujeres que se dispusieron para tocar a Jesús y para glorificarlo. Con el deseo de estar cerca de la gente despreciada, Jesús entró a su casa, donde comió y compartió el mensaje sobre el perdón de Dios y la vida eterna. En todas estas acciones, quienes acompañaban a Jesús eran muchos de sus discípulos y una gran multitud de personas. Movido por su misericordia y tras haber obrado algún milagro en una persona, Jesús se lo entregó a sus familiares:

“En ese momento, el que estaba muerto se incorporó y comenzó a hablar, y Jesús se lo entregó a su **madre**”. (7:15)

“Pero Jesús reprendió al espíritu impuro, sanó al muchacho, y se lo entregó a su **padre**” (9:42b)

Todo lo que producía ataduras en las personas, Jesús lo vino a desatar. Es la cercanía del reino de Dios, que hace posible toda clase de liberación en hombres y mujeres de cualquier cultura y nación. Es Jesús, quien, después de sanar, perdonar y restaurar al ser humano, le integra a la familia, la comunidad y a la actividad laboral. Es en los espacios de estos núcleos sociales, que las personas dieron testimonio acerca de la liberación y salvación que recibieron por el poder de Jesús, el Cristo. Fue así, que se formaron grupos de discipulado y diaconía.

Durante su ministerio, Jesús tuvo un número de seguidores (quizás incluso hasta 120), quienes caminaron con él durante los tres años de su ministerio. Caminaron juntos, comieron juntos, oraron juntos, se rieron juntos, lloraron juntos. Ese grupo de discípulos fue la primera congregación del Nuevo Testamento. A medida que las personas se hacen discípulos de Jesucristo, nacen nuevas congregaciones. La gente que conforma estos grupos está hecha de carne y hueso, influida por su cultura y su contexto. Jesús respondió de manera diferente a cada persona con la que interactuó. Ofreció agua viva a la mujer samaritana. Dio comida a las multitudes hambrientas. En el caso de María y de Marta, les dio vida al devolverle la vida a Lázaro, su hermano que había muerto. En el ministerio de Jesús, sus dones se ajustaban a los que los recibían. (C. Van Engen, 2019:346-347).

Así como Jesús se sentaba, también se levantaba, se subía y se bajaba, salía y entraba de diferentes espacios y lugares. Al ministrar, Jesús asumía diversas posturas corporales como la de inclinarse y poner su mano en las personas enfermas y necesitadas. Con su poder, Jesús cambia la condición y el estilo de vida de las personas arrepentidas y

transformadas. Jesús atendió las necesidades del corazón, como también las del cuerpo físico. Además de sanar y salvar a muchas personas, Jesús también les consoló en sus tribulaciones y las liberó de sus culpas. Como gran terapeuta, Jesús sanó el corazón humano. Es decir, consideró al ser humano en su composición bio-psíquico-social. Por su forma de ser solidaria y carismática, Jesús hizo muchas amistades y seguidores. Por eso los relatos evangélicos dicen que la fama de Jesús se dio a conocer por muchas aldeas, poblados y ciudades, tanto en Palestina, como fuera de ella.

En varias escenas, Jesús aparece como el maestro que enseña y como el taumaturgo que actúa para ayudar a la gente en sus necesidades. La palabra, con la que Jesús habla y las acciones que realiza, son completamente transformadoras y liberadoras. Jesús enseña los valores del reino de Dios en medio de una sociedad caracterizada por el poder y las riquezas. Es una sociedad donde los principios bíblicos se encuentran invertidos. Jesús, como el nuevo Moisés y el nuevo Elías, es el profeta de Dios que habla y es solidario con el pueblo.

Así como en la historia del pueblo de Israel fueron los esclavos quienes vieron en el éxodo la revelación del rostro y voluntad de Dios; en el tiempo de Jesús fueron los “pequeños” quienes percibieron la vida, los actos y palabras de Jesús como restauradores de su dignidad, defensores y promotores de su vida como palabra de solidaridad radical de Dios con los pobres y excluidos de su tiempo. (L. J. Dietrich y R. Rodrigues da Silva, 2020:110).

La actividad y enseñanza de Jesús son la manifestación del plan universal de Dios. La misión de Dios es para Israel, y de ahí para todas las naciones de la tierra. De acuerdo con lo anunciado, todas las naciones esperarían la salvación y justicia de Dios. La buena noticia sobre Jesús y el reinado de Dios es para todo el pueblo judío y otros pueblos. Jesús sabe que hay mucha gente judía y extranjera con necesidades. Son todos sus habitantes que tienen que escuchar y responder a la palabra de Dios.

Es la presencia de Dios que hace experimentar muchas cosas maravillosas en el día a día. Ante el asombro y oposición de la gente, Jesús enseña, perdona y cura con toda autoridad. Aunque hay quienes cuestionan la práctica jubilar de Jesús, nadie tiene argumentos de peso para demeritar sus acciones proféticas.

Para explicar al estilo misionero de Jesús y la misión cristiana, Samuel Escobar (2012:441-447) habla de estas cinco claves del testimonio bíblico:

Jesús como enviado del Padre, lo contextual y lo universal en la presencia y la obra de Jesús, la preferencia de Jesús por los marginados, compasión dignificante en la acción misionera de Jesús, el efecto transformador de la presencia y ministerio de Jesús. A continuación, algunas precisiones sobre las dos últimas claves:

La misión de Jesús tiene como móvil la “compasión”, que es el resultado de una inmersión entre las multitudes. Jesús está metido entre las gentes con sentido de urgencia. Se trata de acciones de servicio definidas e intencionales a fin de responder a todas las necesidades de las personas... Jesús no convierte a las personas en objetos pasivos de su acción, sino que los toma como sujetos interlocutores en el acto reconciliador de su padre que lleva a la plenitud de vida... Seres humanos de las clases y condiciones más diversas aparecen en los Evangelios transformados por el toque del Maestro. Enfermos que resultan curados, ricos que reparten sus bienes a los pobres, pescadores que se transforman en predicadores, mujeres cuya condición social y moral cambia dramáticamente. (S. Escobar, 2012:445).

Así como en el primer siglo, ahora Jesús sigue ministrando con poder y misericordia. Mientras en el camino, Jesús exhorta; en la casa, al estar junto a la mesa, confirma, explica las Escrituras, ministra el pan, hace encargo misionero y anuncia la presencia del Espíritu Santo.

Ante las necesidades humanas y la crisis ecológica, el pueblo de Dios necesita renovar su discipulado cristiano y la acción misionera. Es a partir de la vida, ministerio, cruz y resurrección de Jesús, el Cristo, que el Espíritu Santo impulsa a la iglesia para participar en la misión evangelizadora de Dios entre las naciones. Es con el poder del Espíritu Santo, que es posible imaginar una nueva humanidad y una nueva creación.

El ejemplo máximo del servicio es Jesús. Aunque todos los personajes del Antiguo Testamento sirvieron a su generación, el servicio que Jesús realizó a la generación de su tiempo, superó el de todos sus antecesores. Con base al ejemplo de Jesús, cada creyente tiene ahora el llamado para consagrar y entregar su vida para servir a Cristo, su Iglesia y el mundo.

El papel profético de Jesús, según el modelo de los grandes profetas de Israel, se desdobra en el testimonio de la predicación de la comunidad cristiana, testimonio que le acarrea el rechazo, la persecución y hasta el martirio. Una nueva lectura de la doble

obra lucana puede hacer recuperar esa dimensión. (J. S. Croatto, 2003:157).

Así como Jesús lo hizo, hoy también la iglesia es llamada a entregar su vida en servicio y asumir su testimonio profético. Jesucristo, como el Señor, le exhorta a seguir su ejemplo. En medio del sufrimiento, el dolor y las necesidades, el desafío ahora es servir. En cada día que se vive, hay oportunidades para construir un mundo mejor.

Así como el diaconado en Jesús es para todas las personas, el llamado a la diaconía es en general. Es decir, toda persona convertida a Dios y creyente en Jesucristo, tiene el compromiso de servir en todas las formas posibles. Pertenecer a la ciudadanía del reino de Dios, incentiva la vida en comunidad centrada en la solidaridad y el servicio. Aunque el seguimiento y servicio a Jesús tuviera su costo como las abstinencias, negaciones o sufrimientos; sin embargo, tendría su recompensa en el presente y en el futuro.

La grandeza del servicio radica en el hecho de actuar con humildad delante del prójimo y de las personas que están bajo el cuidado o gobierno de una autoridad. No se trata de actuar con prepotencia delante de la gente. El que sirve, lo hace con buena voluntad, gusto y entrega. Si en verdad la iglesia quiere renovar su vocación de servicio, antes debe fortalecer su fe en el Cristo resucitado y también su compasión por la gente necesitada.

En realidad, diaconía y comunidad son inseparables: la comunidad surge allí donde las personas comienzan a vivir juntas en nombre de Jesús y a existir las unas para las otras, cada cual con sus diversos dones y debilidades. Y la diaconía brota allí donde se sirven unas a otras en nombres de Jesús, se ayudan mutuamente a descubrir su vida y su libertad y viven juntas de este modo. Diaconía y comunidad, por lo tanto, no son más que dos aspectos de una misma realidad: la comunidad sanadora. (J. Moltmann, 1987:87-88).

La vida en comunidad se rige mediante los signos y los principios éticos del reino de Dios. De acuerdo al mensaje del Antiguo Testamento, el evangelio se centra en el culto al Dios viviente y en la justicia social. A partir de esto último, se insiste en la práctica de la misericordia, que conduce al compartir y a la ayuda mutua.

En todo momento, en cada día y en muchos lugares, Jesús, en su compasión, mantuvo el propósito para el cual fue enviado. A saber,

atender a la gente excluida y más vulnerable de la sociedad. Por eso, a las multitudes Jesús les decía que era necesario que continuara anunciando las buenas noticias de perdón y vida eterna. Sin distinción alguna, Jesús servía en forma integral, bien a personas judías y no judías. Con todos sus beneficios y requerimientos, la palabra de Dios y el evangelio del reino de Dios, se acercaron al pueblo. Desde la realidad del presente, se tuvo la dicha de conocer y experimentar a Dios en comunidad y en la vida diaria. Es aquí, donde se fundamenta el discipulado cristiano.

El Jesús sirviente fue el Jesús sufriente hasta el día en el que lo mataron. Jesús, el que estuvo como el que sirve, fue al que lo hicieron sufrir despiadada e injustamente. Obediente a su Padre Celestial, entregó humildemente su vida en rescate por muchas personas. Desde el inicio y hasta el final, como también desde Galilea hasta Jerusalén, Jesús fue fiel al propósito de Dios. De sirviente y sufriente, Jesús pasa a ser el Cristo viviente y triunfante. Hoy, Jesucristo resucitado, acompaña y anima al pueblo de Dios junto con el Espíritu Santo, para seguir anunciando las buenas nuevas de perdón y vida a la humanidad y en toda la creación de Dios. Por lo que, el desafío es colaborar con la misión del Señor Jesucristo y la misión de Dios en el mundo.

Todo lo que se dice y se hace en el nombre de Jesús resucitado, es práctica testimonial y evangelizadora. Para que esta práctica sea efectiva e integral, tiene que contemplar la predicación y el servicio. Dios hace sentir la realidad de su reino en su dimensión presente y futura, en términos de palabras y hechos. Por eso, participar en la misión de Dios, significa dar testimonio acerca de toda la actuación profética de Jesús: su vida, su predicación-enseñanza, sus milagros, su muerte, su resurrección.

Referencias

- Croatto, J. (2003:1). Jesús muere como profeta en Jerusalén. La reconstrucción. Lucana del Jesús profeta, *RIBLA*, 44, p.p.144-158.
- Croatto, J. (1978). *Liberación y libertad. Pautas hermenéuticas*. Buenos Aires: CEP.
- Escobar, S. (1997). Misión cristiana y transformación social, en Tetsunao Yamamori, Gregorio Rake y C. René Padilla (editores). *Servir con los pobres en América Latina. Modelos de ministerio integral*. Buenos Aires: Kairós Ediciones.
- Escobar, S. (2012). *En busca de Cristo en América Latina*. Buenos Aires: Ediciones Kairós.

- Glasser, A., Van Engen, Ch., Gilliland, D. y Redford, S. (2019). *El anuncio del reino. La historia de la misión de Dios en la Biblia*. Trad. Norma Deiros. Eugene, Oregon: WIPF y STOCK, , 513 p.
- Kinsler, R. y Kinsler G. (2000). *El jubileo bíblico y la lucha por la vida*. Quito: Mesters, C. “La práctica evangelizadora de Jesús revelada en los evangelios”. *RIBLA* 12 (1992:2) 9-25. San José: DEI.
- Mesters, C. y Lopes, M. (2000). *Querido Teófilo. Encuentros bíblicos sobre el evangelio de Lucas*. Villatuerta (Navarra): Grupo Editorial Verbo Divino.
- Moltmann, J. (1987). *Diaconía en el horizonte del Reino de Dios. Hacia el diaconado de todos los creyentes*. Colección “Pastoral” 31. Trad. Constantino Ruíz Garrido. Santander: Editorial Sal Terrae.
- Padilla, R. (2012). *Misión integral. Ensayos sobre el Reino de Dios y la Iglesia*. Buenos Aires: Ediciones Kairós-Misión Alianza.
- Pagola, J. (2013). *Jesús, aproximación histórica*. Roma: PPC .
- Robledo, P. (1995). *El cumplimiento del tiempo de gracia. Pautas hermenéuticas de la evangelización en Lucas 1-10*. [Tesis de posgrado presentada en el Seminario Bíblico Latinoamericano]. San José.
- Támez, E. (2004). *Las mujeres en el movimiento de Jesús*. Quito: CLAI.
- Van Engen, C. (2019). *Misión en el camino*. Trad. Norma Deiros. Eugene, OR: Wipf & Stock.
- Van Engen, C. (2020). *Teología de la misión transformadora*. Trad. Norma Deiros. Eugene, OR: Wipf & Stock.
- Van Engen, C. (2022). *Pueblo misionero de Dios: La razón de ser de la iglesia local*. Edición revisada y ampliada. Villahermosa.